



D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376



Jorge Luis Borges • Gaby Vallejo • H.C.F. Mansilla • Jakob Steinbrenner • Gustavo Zubieta • Jaime Martínez
José Guerra • Freddy Zárate • Homero Carvalho • Lupe Cajías • Francisco de Lerchundi

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XXIII nº 583 Oruro, domingo 27 de septiembre de 2015





Erasmo Zarzuela
Motivo marino. Acuarela de 10 x 30 cm

El laberinto

Este es el laberinto de Creta. Este es el laberinto de Creta cuyo centro fue el Minotauro. Este es el laberinto de Creta cuyo centro fue el Minotauro que Dante imaginó como un toro con cabeza de hombre y en cuya red de piedra se perdieron tantas generaciones. Este es el laberinto de Creta cuyo centro fue el Minotauro que Dante imaginó como un toro con cabeza de hombre y en cuya red de piedra se perdieron tantas generaciones como Muria Kodama y yo nos perdimos. Este es el laberinto de Creta cuyo centro fue el Minotauro que Dante imaginó como un toro con cabeza de hombre y en cuya red de piedra se perdieron tantas generaciones como Muria Kodama y yo nos perdimos en aquella mañana y seguimos perdidos en el tiempo, ese otro laberinto.

Jorge Luis Borges. Argentina, 1899-1986.

Desde el enorme agradecimiento de vivir Una aproximación a Teresa Laredo



Teresa Laredo

Empecé a leer las impresiones y recuerdos de Teresa Laredo con el placer de recorrer la vida de una artista y me cogió el alma doblemente. Estaba desde el principio, la amada Cochabamba, con sus insignes artistas, personalidades sobre las cuales hemos oido hablar o con las cuales hemos compartido alguna vez. Pero, además, se me ofreció de lleno la artista, tremadamente espiritual y transparente, con su música, sus viajes y su enorme agradecimiento de vivir.

Los músicos de su familia llegan en este libro, con su carga de vida artística, para hablarnos a través de Teresa, del aporte que cada uno fue en su vida, empezando del padre: Luego, Eduardo Laredo, Armando Palmero, Jaime Laredo.

También los tíos y tías merecieron un espacio en las memorias de Teresa por la especial dimensión de sus vidas y su relación con ella.

Los recuerdos de juventud muestran la inmensa cantidad de emoción musical que se precisa para la disciplina diaria con las manos y el teclado, con el cuerpo, con el espíritu, para llegar a ser una artista de la talla de Teresa, internacionalmente reconocida.

Teresa Laredo escribe con un cosmopolitismo exquisito debido a su formación musical en Europa, a sus conciertos, relaciones y viajes y, al mismo tiempo, escribe con un amor profundo por su tierra, su valle que es Cochabamba, en los relatos con sabor indígena y quechua y en sus composiciones y grabaciones de aires andinos.

El dato biográfico referente a la dictadura Bancaria que la obligó a salir de Bolivia, hace pensar en la inmensa pérdida que representa un régimen represor, para los artistas, fundados esencialmente en la libertad.

En algún momento dice Teresa Laredo que opta por recordar y comunicar solamente lo positivo, lo que fue alto y grato en su vida. Y el libro es eso; una sucesión de anécdotas y experiencias de vida altamente significativas. Aunque, alguna vez se cuela levemente el dolor de los hijos muertos y del matrimonio desafortunado. Por esta decisión de detenerse en lo significativo, el libro, es un hermoso testimonio de espiritualidad y sabiduría. Está lleno de anécdotas extrañas, hermosas, intensas. Es un libro que puede entenderlo y amarlo el sabio, el artista, el simple y común ser humano porque toca lo fundamental, con autenticidad, lo íntimo con sabiduría, lo sencillo con amor.

Nos aproximamos, al leerla, con el detenimiento amoroso con que ella se aproxima a los ancianos, los presos, las pequeñas plantas y animales, los niños que han pasado por su vida y a los que ha prestado su emoción y compromiso vital, pero sobre todo, su música. Las experiencias con hombres de las cárceles de..., en situaciones de riesgo, de confusión, su conexión con niveles superiores, protectores, la intervención de la música en momentos difíciles, hacen del relato autobiográfico, un libro único.

Se trata, ya dijimos, de un libro único, muy íntimo, muy personal por las historias protagonizadas por una artista espiritual y enamorada de la música y respetuosa del misterio del ser humano.

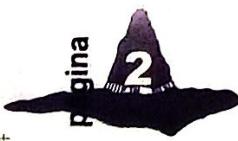
Teresa Laredo, cosmopolita, viajera de cuatro continentes y muchísimos países, viajera por pianos, clavecines, campanas tibetanas, arpas... nos gana, ahora por la escritura, desde donde nos habla de su encuentro con lo profundo y de su enorme agradecimiento de vivir.

Gaby Vallejo Canedo. Cochabamba, 1941.
Académica de la Lengua.



www.lapatriaenlinea.com.bo/elduende

El Duende no mantiene correspondencia obligatoria de publicación con colaboraciones no solicitadas; tampoco comparte necesariamente las ideas expresadas por sus autores.



Por qué me gustan los pensadores anacrónicos

* H. C. F. Mansilla

En las largas horas del crepúsculo y en las interminables noches de mi desvelo vuelvo siempre a Séneca (4 a. C. - 65 d. C.). ¡Cuánto cinismo y cuánta sabiduría lado a lado! Tertuliano y otros pensadores cristianos dijeron que Séneca había tratado temas filosóficos con descuido y superficialidad y que sólo había alcanzado alturas notables en la inflexible entrega al vicio, pero esto es evidentemente una exageración. Séneca fue un hombre en sumo grado perspicaz, inteligente y laborioso. Él supo manejar sutilmente los hilos del poder supremo y penetrar con su mirada de águila en los recovecos que tiene el alma humana. Mientras componía sus tragedias y escribía sus tratados de ética, Séneca sabía aprovechar las oscilaciones del mercado de granos en Egipto para amasar la fortuna más grande de su época, que ya estaba acostumbrada a los grandes caudales producidos por la inusitada expansión del Imperio Romano a partir de Augusto.

Séneca fue un filósofo brillante y un buen regente del Imperio Romano bajo la minoría de edad del emperador Nerón. Su administración ha pasado a la historia como ejemplo de un gobierno eficiente y benigno. Sin tener grandes proyectos políticos y menos un programa revolucionario, Séneca supo dilatar el incipiente Estado de derecho, aseguró la vigencia de leyes justas y multiplicó los actos de la beneficencia pública. Él no pudo escoger la época en la que le tocó vivir ni el monarca a quien tuvo que colaborar. En este contexto aseveró Séneca: sabio es aquel que desprecia los bienes mundanos, pero no para rechazar torpemente su posesión, sino para gozarlos sin inquietud de espíritu. Una cosa es ser rico y poderoso; otra, la única detestable, es dar demasiada importancia a este hecho pasajero. Una cosa es tener abundantes bienes; otra muy distinta, el dejarse poseer por ellos. Nunca hay que renunciar a la riqueza, pero no hay que desesperarse si la fortuna desaparece. Si no sobrevaloramos los caudales, tampoco nos afectará su pérdida. Pobre no es aquel que tiene poco, sino el que desea siempre más. A menudo se puede alcanzar lo que es suficiente; aquel que se contenta con su pobreza es rico. Sería manifestación de burda arrogancia tanto el vanagloriarse del éxito económico como el tratar de encubrirlo.

Después de todo, dice Séneca, es tan poco lo que tenemos que dejar. Todos los días debemos despedirnos y desprendernos de algo. Dos cosas nos acompañan a donde quiera que vayamos: la naturaleza, que es común a todos, y nuestra virtud. Nuestro planeta, lo más bello que ha producido el universo (y lo más grandioso), y el espíritu que observa y admira este mundo, constituyen lo que nunca nos podrá ser arrebatado. Tenemos además el pasado como posesión inmutable: es nuestro todo lo que han creado los pensadores, los artistas y los profetas.

Retorno cada noche a la lectura de Séneca

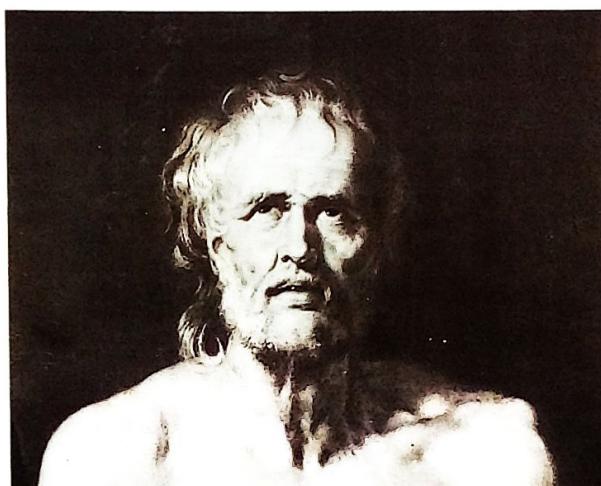
y a rememorar su muerte, ejemplo para toda la posteridad. En el momento de abrirse las arterias, obligado por Nerón, el gran hispanorromano exclamó que lo único importante que dejaba no era su inmensa fortuna ni sus experiencias en la cima del poder político, sino el ejemplo ético de una vida bien lograda. Nadie duda del leve acento de cinismo que posee toda la obra de Séneca, pero no se

Confesiones narra el profundo amor que el santo tenía por su compañera de vida, por la existencia familiar con ella y la compañía del hijo común. En forma commovedora San Agustín describe una relación y una pasión que fueron enteramente satisfactorias en la esfera erótica, en el terreno estético y en el plano más arduo de lograr: la convivencia cotidiana. Y, sin embargo, la perfección de

públicos es otra forma del instinto de poder, del deseo de servirse de otros seres humanos para fines propios y egoístas. Como lo dijo posteriormente Max Weber, el que se consagra a la política cierra un pacto con el diablo. Por otra parte, San Agustín nos recuerda que en los áboles mismos de la creación intelectual el divino Homero nos mostró que la historia de los hombres es una cadena ininterrumpida de fatalidad, sufrimiento y miseria. La *Ilíada* representa un testimonio temprano de que la vida humana consiste en la experiencia continuada de pena, pasión y desacuerdo. Lo poco que sabemos —por encima de nuestras diferencias— es que los seres humanos estamos expuestos al mismo destino: incierto y a menudo cruel. San Agustín me enseñó que la vida es, en el fondo, el enlace precario de pequeños fracasos diarios, pero que, simultáneamente, tenemos que ser impermeables al desaliento y a la pesadumbre, porque debemos centrarnos en la búsqueda de soluciones prácticas, inspirados por la idea de que Dios no abandona a Sus criaturas. El trabajo cotidiano es una especie de consuelo y una fuente de sentido. Una buena parte de nuestras dificultades reside en nuestras flaquezas subjetivas, que son, por lo tanto, superables a través de afanes sostenidos. Es una bella teoría, sin duda alguna, que otorga poco margen al desánimo, pero que pasa por alto los obstáculos de naturaleza objetiva.

De todas maneras: San Agustín, adelantándose a la Escuela de Frankfurt, nos muestra que una parte importante de la filosofía política examina al individuo como un ser indefenso expuesto a los avatares de las sociedades modernas: la persona sometida al sinsentido de la historia y el destino, el ser pensante topándose con las perversidades del colectivismo, las tonterías de la opinión pública y las maldades del prójimo. Y este Padre de la Iglesia vislumbró que la solidaridad entre los mortales nace de esa experiencia de la soledad, el abandono y la incertidumbre, es decir de fenómenos que a todos nos toca sobrellevar más tarde o más temprano. Esta solidaridad frente al curso del tiempo —el gran destructor— es la que debería promover un entendimiento sensato entre los hombres. Un pesimismo consciente y crítico nos puede ayudar a evitar los extremos, lo que constituye de por sí una pequeña victoria de la razón.

* Hugo Celso Felipe Mansilla.
Doctor en filosofía.
Académico de la Lengua.



Séneca

puede negar que fue un maestro del realismo, un hombre que sabía moverse muy bien en las procelosas aguas de la praxis diaria. San Agustín, como obispo de Hipona y Padre de la Iglesia, fue también un maestro de lo posible y lo prudente.

A una edad muy madura San Agustín (354-430 d. C.) escribió sus *Confesiones*, obra de fuerza imperiosa y carácter enteramente original. No hay duda de que San Agustín, inventor del género autobiográfico, exploró con suma perspicacia las posibilidades y los límites de nuestra memoria y nuestros recuerdos. Debo a San Agustín la convicción —la base de sus *Confesiones*— de que el alma humana es ambivalente: los propósitos más nobles conviven con los apetitos más abominables, los motivos más puros con las intenciones más turbias. Las ambigüedades de nuestro espíritu se originan en el ansia ilimitada de saber, que es, al mismo tiempo, un ansia irrestricta de poder. Dice este notable Padre de la Iglesia: el edificio de la conciencia tiene sótanos, recovecos y torreones, todos ellos con olores fétidos y apetitos repugnantes, que la mente racional no quiere reconocer como tales. Pero el alma encierra también el anhelo de conocer y amar a Dios y de vivir de acuerdo a Sus mandamientos. Este deseo empieza desde la profundidad de los fosos del pecado y del orgullo. Y esta es nuestra esperanza: del fondo de nuestro error puede emerger la luz del mejor conocimiento.

La porción más conocida de las

este vínculo fue precisamente lo que impedía el acercamiento de San Agustín a las verdades teológicas y a las labores eclesiásticas. La calidad excepcional de aquel nexo transformaba la preocupación por Dios en algo secundario y ocasional. Creo que hay algo de muy heroico y noble en la decisión de San Agustín de abandonar a su gran amor terrenal —y hacerlo con un dolor que nunca declinaría— para consagrarse a metas que a él le parecían superiores. En las *Confesiones* se percibe claramente lo que le costó aquella determinación. Hoy, en un mundo tercamente materialista y hedonista, la actuación de San Agustín nos parece una tontería o, por lo menos, algo anticuado e incomprendible. Pero sin aquella renuncia el santo no hubiera escrito las *Confesiones* y tampoco la *Ciudad de Dios*, no habría conocido tan claramente las profundidades del alma humana y no sería considerado como el precursor del existencialismo y del psicoanálisis. Es decir: para nosotros su sacrificio personal puede ser visto como una acción muy positiva para el progreso del intelecto humano y para conocernos mejor a nosotros mismos.

Sólo después de leer y releer las *Confesiones* durante mi época estudiantil en Alemania (1962-1974) —en medio de modas intelectuales signadas por un renacimiento del marxismo radical— me di cuenta del desamparo constitutivo del ser humano. Este Padre de la Iglesia se percató tempranamente de algo que se repite sin cesar: el anhelo de brillar en el campo de la política y los asuntos

¿Se puede entender el arte?

* Jakob Steinbrenner

¿No es acaso la pregunta inicial acerca de la posibilidad de entender en el arte el reflejo de un profundo malentendido? ¿No consiste más bien la función del arte en expresar cosas que sólo él –o él de una manera muy especial– puede expresar? Así fue quizás en otros tiempos. El arte tenía que expresar la idea de la belleza o hacer accesible a los iletrados las Sagradas Escrituras. Hoy en día pareciera ocurrir lo contrario. Al crítico se le atribuye la tarea de interpretar para nosotros la idea de la obra de arte y el letrado se queda perplejo frente a los cuadros esperando a que un experto en pintura se los explique. Sea como fuere, es el arte de la interpretación lo que se requiere.

Interpretar, traducir, describir, representar

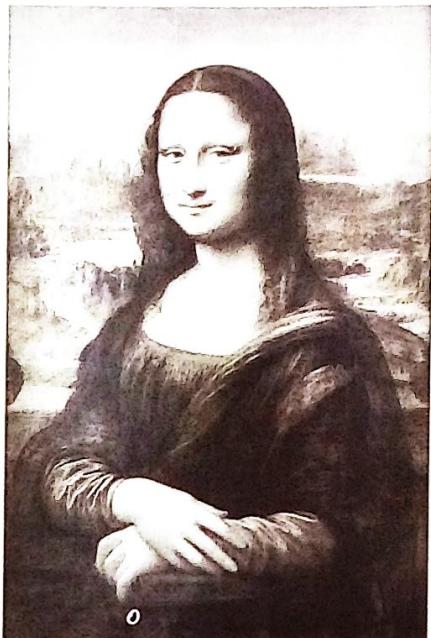
¿Ante quién o ante qué cosa, sin embargo, debe rendir cuentas la interpretación: ante el artista, ante el espectador, ante la obra de arte, ante el asunto, o acaso... ante Dios?

Primero que nada, deberíamos abandonar la idea de que interpretar es traducir. Traducir, en el sentido literal del término, es algo que sólo puede hacerse desde una lengua a otra; en el resto de los casos, cabe hablar de “traducir” a lo sumo en un sentido metafórico (como cuando se vierten textos a imágenes o imágenes a textos). No se niega, con todo, que traducir implica interpretar y que la línea divisoria entre ambos tipos de actividad es difusa. En segundo lugar, también deberíamos abandonar la idea de que todo describir o representar es interpretación. Cuando yo, por ejemplo, le revelo a mi interlocutor mi edad o le describo el camino que va de A hasta B, no estoy interpretando nada. Lo mismo vale para la especificación de las medidas de un cuadro o la mención del número de estrofas de un poema. Interpretar consiste en elaborar hipótesis, o al menos proponer una lectura respecto de la cual el intérprete o el lector en general son conscientes de que no es la única posible, de que frente a ella hay otras alternativas, aunque no todas sean igualmente apropiadas. La interpretación es, en este sentido, algo (siempre) inconcluso. En cambio, no sucede necesariamente lo mismo con la mediación en el arte. Nada me impide mencionar los datos incontrovertibles de una obra de arte. Es más, toda interpretación aceptable debería estar hasta cierto punto basada en ellos, o, por lo menos, debería evitar contradecirlos. Lo que no impide, por supuesto, que la frontera entre la mera especificación de datos y la interpretación no sea a menudo difícil de trazar. Así, aunque es posible en muchas ocasiones establecer con certeza en qué año fue creada una obra de arte, en otras la datación supone ya una interpretación.

La interpretación de obras concretas y los presupuestos de esa interpretación

Una interpretación necesita ser razonada. También debe ser coherente, lo cual implica, entre otras cosas, que sea compatible con los datos generalmente aceptados. Ello no excluye, naturalmente, que tesis mutuamente contradictorias puedan ser

profundas” –según la expresión “deep interpretation” acuñada por Arthur Danto en *The Philosophical Disenfranchisement of Art*, Nueva York, 1986, cap. 3– y abstenerse de recurrir a datos de los cuales es imposible que el artista fuera consciente. Y aunque la yuxtaposición sorprendente de épocas, géneros y países diversos puede ocasional-



“La Gioconda” de Leonardo da Vinci



“El niño que llora” de Bruno Amadio

sometidas a debate. Y, por último, es necesario presuponer de entrada que a la obra respectiva subyacen intenciones racionales por parte de su creador. De ahí que al principio haya que renunciar a “interpretaciones

mente brindar perspectivas interesantes, las investigaciones que se valen de este tipo de recursos proporcionan, en el mejor de los casos, visiones de conjunto, por lo que no deberían, en mi opinión, ser consideradas

como interpretaciones de obras concretas. Si yo afirmo, por ejemplo, que las pinturas de Jean-Baptiste-Simeón Chardin sirvieron de modelo para algunos de los cuadros de Paul Cézanne, estoy, por un lado, interpretando algunos cuadros de Cézanne como “interpretaciones de pinturas de Chardin”, y, por el otro, diciendo algo sobre los cuadros de Chardin de forma sólo indirecta.

Significación de las interpretaciones parciales para el todo

Este ejemplo ilustra dos problemas que quisiera formular por medio de sendas preguntas. Primero: ¿es cada interpretación de una parte a la vez una interpretación del todo? Por ejemplo, ¿es cada interpretación de una pintura concreta a la vez una interpretación de toda la pintura del autor, una interpretación del arte de la pintura, una interpretación del arte en general, etc.? En concordancia con mi rechazo inicial de las “interpretaciones profundas”, propongo que se entienda la expresión “interpretación de la obra” de forma restringida, evitando concebir como interpretación de la obra conjunta de artista una interpretación que sólo tiene como objeto una obra determinada.

La constitución lingüística de las interpretaciones

Pasemos ahora al segundo problema y a la segunda pregunta: ¿debe ser siempre lingüístico el medio en el que están formuladas las interpretaciones? Si se es de la opinión de (1) que las interpretaciones son verdaderas o falsas, y (2) que la atribución “es verdadero” sólo es aplicable a enunciados, entonces habrá que concluir que las interpretaciones deben consistir en enunciados o en conjuntos de enunciados. Como dejé entrever arriba, pienso que las interpretaciones son hipótesis y que, por lo tanto, en el mejor de los casos pueden ser verdaderas o falsas. También los cuadros pueden representar correctamente a las personas; pero no son “verdaderos”.

Pero ¿no podrán acaso los cuadros también ser interpretaciones? Antes de tratar de responder a esta pregunta, quisiera abordar el problema –por así decirlo– desde el extremo opuesto, a saber, partiendo de las dificultades para interpretar las imágenes por medio del lenguaje.

Un primer problema para la mediación artística en el caso de las pinturas se basa en el hecho de que no podemos describirlas exhaustivamente, a diferencia de lo que ocurre con los textos. Mientras estos se hallan compuestos de un número finito de términos (describibles), ninguna descripción, por muy detallada que sea, puede captar todos los rasgos relevantes de un cuadro. Eso empieza ya con el color, pero se complica aún más con la atribución de las llamadas cualidades “femeninas” que un cuadro causa en el espectador y que, debido a su carácter intersubjetivo, son mucho más controvertidas que las cualidades de un texto tomadas por sí solas. De ahí que por lo general, ya sólo en el plano descriptivo, reine en el caso de la pintura un

mayor desacuerdo; por ejemplo, ¿debe describirse cierto color como azul o como violeta? Y por esa razón, también la interpretación que se erige sobre esa base es casi siempre más polémica. A ello se añade que los cuadros, las esculturas y las obras arquitectónicas suelen depender mucho más de su contexto que los escritos. Piénsese nada más en esos cuadros de los museos que en realidad son fragmentos de retablos o altares, o en los trabajos de Joseph Beuys, que contienen referencias espaciales o temporales al entorno originario. En otras palabras, en su nuevo contexto las obras ya no tienen las cualidades que les eran constitutivas en el momento de su creación. Ello no quiere decir que el contexto no influya también en las expectativas y actitudes de los lectores; por ejemplo, puedo leer *Tristram Shandy* como una biografía auténtica, como una novela (de ficción) del siglo XVIII o como un texto arcaico del presente. Y, con todo, la lectura del libro no se desarrolla hoy de manera esencialmente diferente de cuando este fue escrito.

Diferencias categoriales entre la figuración y el lenguaje

No quiero a estas alturas poner en entredicho la carga teórica de los enunciados observacionales (el hecho de que nuestro saber de fondo y nuestros deseos influyen en lo que vemos), ni negar las cualidades sonoras de la literatura; pero es obvio que las cualidades sensibles son por lo general mucho más difíciles de comunicar lingüísticamente en las artes plásticas que en otros tipos de manifestación artística. (Eso vale incluso para la música, pues en esta existe, por ejemplo una notación musical con la que se pueden describir, al menos parcialmente, las cualidades sonoras de forma precisa). La razón de esta diferencia es que las artes plásticas son esencialmente un medio analógico,

mientras que el lenguaje es un medio digital. Es decir, siempre habrá ciertos matices representables en un medio analógico que no podrán ser expresados en un medio digital. Independientemente de si se describe esta diferencia con el par de términos "análogo" y "digital" o se opta por otra designación, existe una diferencia categorial entre la figuración y el lenguaje, que la mediación en el arte no puede pasar por alto. Esto significa, en especial, que el intérprete debe ser consciente de que su interpretación sólo puede abarcar ciertos aspectos de las innumerables cualidades materiales y fenoménicas de un cuadro. Lo mismo vale naturalmente también para las cualidades simbólicas y semánticas de una obra: estas no pueden ser descritas –ni, por lo tanto, interpretadas– de forma exhaustiva.

Diferencias fundamentales entre la interpretación de textos y la interpretación de cuadros

Dicho lo anterior, no se puede insistir lo suficiente en el hecho de que en el arte lo realmente importante es el cómo y no sólo el qué de la representación (y ello vale, por banal que parezca, en especial para el arte abstracto). De ahí que una interpretación debería referirse siempre de forma explícita a la materialidad de la obra, ya que esta es la base de la forma de representar una obra. De lo que se trata es de examinar en cada caso con ayuda de qué cualidades materiales se han generado las respectivas formas simbólicas. Las cualidades materiales mismas –piénsese en los pigmentos de los colores– son, empero, "históricas", tanto por la forma de su fabricación como por el uso que se les da.

En este punto existe una diferencia fundamental entre el estudio de la literatura y el estudiado del arte. Mientras que el primero puede citar obras o al menos fragmentos de



"Los elefantes" de Salvador Dalí

ella, convirtiendo así a estas en parte material de su interpretación, el segundo no puede hacer lo mismo. El estudiado del arte podrá quizás referirse a determinadas obras (por medio de textos e imágenes), pero no puede –literalmente hablando– proporcionar muestras de las cualidades de las obras (citas originales); el cuadro interpretado no puede ser parte física de su interpretación, de su comentario o de su crítica.

A pesar de esta dificultad, la tarea de la mediación en el arte o de la interpretación del mismo es la de resaltar, de entre los innumerables rasgos materiales de una obra, aquellos que tienen relevancia para su carácter simbólico. Y, naturalmente, para lograrlo es indispensable –como ya se mencionó arriba– tomar en cuenta las referencias contextuales.

¿Pueden también las imágenes proporcionar una interpretación?

Dado, como hemos visto, que una interpretación, para ser lograda, tiene necesariamente que hacer referencia a los rasgos materiales de una obra y ponerlos en conexión con las funciones simbólicas de esta, queda entonces por responder la pregunta de si

eso es algo que también puedan hacer las imágenes. Nadie discutiría quizás que podemos resaltar justamente los rasgos materiales con ayuda de pinturas, dibujos, diagramas, etc. En este sentido, es obvio que las imágenes sí pueden formar parte de las interpretaciones. Por otra parte, el ejemplo de Cézanne dado arriba demuestra que las obras de arte también se pueden transformar en interpretaciones de otras obras. Pero ¿serían tales obras, cuando desempeñan esta función interpretativa, capaces de admitir falsedad en el mismo sentido en que lo hacen las hipótesis (y con ellas, las interpretaciones)? Esta es una pregunta compleja que no puedo responder en el marco de este artículo. En cambio, lo que sí es indudable es que con ayuda de ciertas obras podemos obtener información sobre otras. De este modo, algunas obras pueden ayudarnos a comprender otras obras. Tal forma de mediación respecto del arte tiene naturalmente –al igual que el arte en general– todo el derecho del mundo a ser parcial y a estar llena de prejuicios. En cambio, la mediación en el arte e interpretación del mismo en sentido estricto debería siempre, pese a todas las objeciones imaginables, tratar de evaluar su objeto desprejuiciadamente.

Jakob Steibrenner. Historiador del arte y filósofo alemán.

Tomado de Revista "Humboldt 156 – Mediación artística"



"Jugadores de cartas" de Paul Cézanne



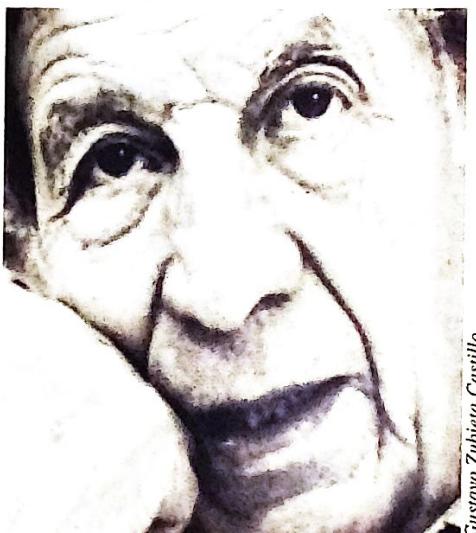
La impronta indeleble de Gustavo Zubieta-Castillo

Sucesivamente, el 17 y 19 de septiembre, fallecieron los Académicos de la Lengua, Profesor Dr. Gustavo Zubieta-Castillo (Oruro) patentizando su ingente labor, en la ciencia médica uno y, las letras el segundo. El Duende rinde homenaje.

De "Memorias gratas e ingratis de la práctica médica"

Estudiante de segundo año de Medicina

Gustavo Zubieta Castillo



Gustavo Zubieta Castillo

Después de vivir un año en la casa de unos tíos, me mudé y alquilé una habitación en la zona próxima a la Facultad de Medicina, en el barrio de Miraflores. La superficie del cuarto tenía un espacio de 3 x 3 metros cuadrados, con una pequeña ventana que daba al jardín, por la cual penetraban directamente los rayos del sol de invierno. El anterior ocupante, un estudiante peruano que abandonó los estudios, me vendió todas sus pertenencias: una pequeña mesa, una silla y una repisa para colgar la ropa y poner los libros encima. Mi catre completaba el mobiliario necesario y suficiente para un estudiante solitario. Allí permanecí todo el tiempo que duraron los estudios.

Junto a mis escasas pertenencias, llevaba consigo el cráneo en el que estudié los primeros conocimientos de la osteología. Otras piezas óseas del esqueleto que guardaba en un cajón de cartón, ocuparon el único sitio disponible que quedaba, debajo de mi catre. El cráneo estaba permanentemente en mi mesa sobre uno de los libros de anatomía, el voluminoso texto estampado de Testut, exponiéndome su calva calota como un pálido pergamino. Durante los acontecimientos de la Revolución de 1946, en su pelado hueso frontal escribí el siguiente cuarteto:

*Quiero en tu calva estampar
un cuarteto fruto de mi dolor,
quiero en tu pasado despertar
odio al destino, a la humanidad amor.*

Cuando la soledad me amargaba y no encontraba una moneda en el bolsillo, sentía la imperiosa necesidad de la presencia de un rostro con una sonrisa y un cuerpo que me diera el calor de su juventud; mientras estudiaba tenazmente para aprobar los programas, ciertas estrofas salieron de mis recónditas inclinaciones por la literatura, con el sabor de poesía:

*Tristeza de un alma que no deja de amar,
soledad sin calma que no me puede pasar,
sentir en la entraña todo mi inútil amor,
sentir todo extraño y sólo conocer el dolor.*

La parte posterior de la casa que habitaba, tenía sólo tres habitaciones dispuestas en fila,

en uno de los lados del jardín, que era un cuadrado perfecto. A la

derecha, ocupaba una habitación similar a la mía, un estudiante peruano que aprobaba los cursos de estudios, por etapas. Empezó a estudiar medicina antes que yo y terminó algunos años después. Era tan flaco y emaciado, que lo llamaban "el seco". Su espectro aparecía a altas horas de la noche o al amanecer, siempre furtivamente.

Su ventana estaba permanentemente cubierta con una frazada, en la que se proyectaba sólo la silueta de la luz del foco eléctrico, cuando él estaba estudiando adentro y cuando, ocasionalmente lo encontraba, salía de las tinieblas de su habitación, con el rostro trasnochado. Era inteligente y de ágil conversación. Trabajaba por las noches en ocupaciones desconocidas y estudiaba el mismo tiempo. Egresó de médico y se fue a su país con un diploma bajo el brazo.

A la izquierda vivía mi otro vecino, un judío refugiado de la Segunda Guerra Mundial. Era una habitación de las mismas dimensiones —pues las tres eran simétricas— en la que increíblemente tenía su fábrica de cera para piso. En la misma habitación vivía con su padre, un anciano de unos 80 años, en la cual como es de suponer, no ingresaban visitas porque simplemente no cabían. Salía todas las mañanas con un grueso maletín de cuero en el que llevaba sus latas de cera etiquetadas, que iba a vender de casa en casa. En nuestros encuentros, intercambiaba algunos saludos conmigo en alemán: "Guten morgen" (Buenos días); "Begezt es Ihnen" (¿Cómo está?); "Auf wieder sehen" (Hasta luego).

Cuando ya estableció más relaciones con la gente de la ciudad, se hizo profesor de alemán. Nunca dejaba de fumar su pipa y caminaba caballerosamente provisto de un paraguas. Como todo europeo, tenía una extensa

mencionar la profunda emoción que este hecho causó en mi espíritu.

Como había terminado la agitación que reinaba en esa ocasión salí a la calle, abandonando mi cuarto en el cual estuve refugiado casi todo el día, para ir a visitar a unos tíos mientras mis compañeros de estudio se dirigían a sus respectivos domicilios. Aproximadamente a las 6:30 de la tarde, cuando empezaban a encenderse las luces de la ciudad y el crepúsculo llegaba temprano a su fin en la estación de invierno, yo atravesaba diagonalmente la Plaza Murillo. Al llegar a la esquina de la plaza, en las calles Socabaya y Comercio, volví la mirada y vi las tres víctimas de la euforia macabra de los revolucionarios que se jactaban de haber terminado con la tiranía. En ese preciso instante se oyó un trueno que atemorizó a todos los que lo escuchamos.

Un relámpago iluminó el escenario. Las luces de la ciudad se apagaron y una ligera y corta lluvia completó el momento. Todos los transeúntes y curiosos desaparecieron y no se veía ni una sola alma en la plaza; yo apresuré el paso para dirigirme a mi destino. Ese momento, en la imaginación, la idea dominante era la comparación de la escena con el Gólgota: un mártir al centro y dos que comparten la tragedia. Pero ellos no eran ni el buen ni el mal ladrón, sino dos de los más leales y nobles colaboradores del Presidente. Quizás los conductores más honestos de la historia de Bolivia que tuvo el país.

Nunca había tenido la oportunidad de conocer al Presidente; pero al día siguiente presencie un cuerpo que exponía un tórax amplio y robusto, en el suelo de la morgue. El Presidente estaba allí. En los siguientes días continuaron las escenas macabras con otros colgamientos. La del M. Jorge Egino y luego del ex oficial de Ejército Tte. Luis Oblitas, que padecía de una esquizofrenia delirante que se exacerbó esos días.

Durante los siguientes años, periódicamente se producían los "conatos revolucionarios". Y eran frecuentes los hechos sangrientos, oportunidades en que recibímos heridos en las guardias del hospital, cuando ya era practicante en los últimos años de mis estudios de medicina.

avo Zubieta y Jaime Martínez



ro, 1926 - La Paz, 2015) y el Catedrático, novelista, poeta y ensayista Jaime Martínez Salguero (Sucre, 1936 - La Paz, 2015), sentido homenaje a las dos personalidades, reproduciendo muestras de sus creaciones literarias

De: "La muerte y otros cuentos"

Tres narraciones breves

Jaime Martínez Salguero

La furia de Artemio

Dos días antes, su amigo Eufonio lo visitó con un verdadero tesoro: una estatuilla de terracota, probablemente de manufactura Tiwanaku y un incunable americano, llegado a sus manos quién sabe de dónde. "Tú tienes caja fuerte en esta Biblioteca; por favor, guárdamelas hasta que los pueda entregar a su propietario", le dijo con la excitación del que ama el arte. Esa mañana le telefoneó: "Artemio, voy a recoger la imagen y el libro, tenlos a mano, pues voy a pasar por allí con mucha prisa".

El bibliotecario colocó la escultura sobre su escritorio para así admirarla a gusto, de rato en rato, mientras trabajaba. Al libro lo puso en un pequeño estante, junto a la enciclopedia recién adquirida. Afuera, el tumulto iba creciendo como la sombra se intensificaba al anochecer. Los gritos se mezclaron en el estampido de los disparos de gas, y, luego, con el fatídico sonido de las balas, que vuelan en busca de acallar a la vida, en el paroxismo del enloquecimiento tecnológico del hombre. Los pocos lectores que ocupaban la sala de lectura fueron arrancados de los libros por una ráfaga de disparos que rompió los cristales de las ventanas y abrió huecos en las paredes. Todos estaban en el suelo, pálidos y temblorosos. Otros balazos los hicieron gatear hacia la puerta, en busca de seguridad. Corno pudieron se escurrieron hacia la calle, y de allí, salvase quien pueda.

Artemio, el bibliotecario, junto a su ayudante Agustín, cerraron el local y se fueron, cada uno por su lado, en busca de un camino para salvar el pellejo.

A los tres días de la intensa balacera, que dejó cerca de un centenar de muertos por manifestarse contra la política del gobierno, Artemio fue a trabajar. En cuanto abrió la puerta vio el desastre: trozos de vidrios esparcidos por el suelo, un pequeño estante caído, y libros desparramados por el suelo. En ese momento entró Agustín: "Mira qué calamidad nos ha llegado", le dijo, como respuesta al saludo. Levantó un volumen del suelo, estaba literalmente acribillado: como siete impactos lo habían atravesado, y por lo tanto era totalmente ilegible; tomó otro, lo encontró en igual estado, un tercero, lo mismo, pero, en este, las balas habían sido detenidas en la mitad del libro. "Para que veas que los libros también mueren baleados. Esto ha sido una verdadera masacre cultural", dijo fuera de sí, al levantar la estatuilla mutilada.

Ese aroma

Al colgar el teléfono tenía la cara desencajada y los ojos húmedos. En cuanto su mujer lo vio en ese estado, le dijo: "¿Qué ha pasado?"

—Mi madre ha tenido un accidente en Cochabamba; no hay quién hable por ella con los médicos. Debo viajar urgentemente.

Una vez lista la maleta, la esposa fue con él hasta el Toyota de la familia, en el cual viajaría. Al despedirle, le dijo: "No te preocupes, Dios te va a acompañar".

Agríamente, él le replicó: "No puedo esperar a ese señor; si lo encuentro en el camino lo llevaré", y encendió el motor.

"Ni en este momento le tienes respeto, ateo, pero que Dios te ayude", murmuró la mujer, al verlo partir.

Había conducido como tres horas cuando comenzó a llover; esto lo puso de pésimo humor y acentuó la tensión nerviosa de Mariano, la cual se hizo más intensa cuando encontró un camión lleno de carga, arrastrando un remolque, abarrotado de mercancía y, por eso se desplazaba con lentitud. La estrecha carretera le impedía cruzarlo, tanto por las frecuentes curvas como por el tránsito en sentido contrario. Finalmente llegó a un tramo recto, pisó el acelerador a fondo y miró, que, por el otro lado un auto avanzaba velocemente hacia él. El ojo experto en estas maniobras calculó que podía pasar, mas perdió el control del carro y empezó a dar giros ocupando todo lo ancho del camino. A ratos parecía que iba a chocar con el auto, a ratos con el camión.

Con el primer bandazo, la portezuela del acompañante se abrió, y al completar el giro, se cerró suavemente. Mariano estaba petrificado, con la mente en blanco por el terror. Faltaba poco para impactar con el automóvil, pero el giro del vehículo lo puso, en la otra vía, y comenzó a avanzar en línea recta. En ese momento, por el espejo retrovisor miró cómo el camión iba quedando atrás.

Fue cuando aspiró un olor a jazmínes mientras recuperaba la calma. Se dio cuenta que su rígido pie estaba lejos del acelerador y que tenía las manos crispadas sobre el volante. En cuanto pudo salir del camino y paró. Ahora sí tuvo plena conciencia del aroma a nardos y jazmínes que, como otra atmósfera lo envolvía por todo lado. Admirado, miró alrededor y se dio cuenta que la portezuela derecha estaba mal cerrada, la ajustó.

En ese momento, como si brotara del suelo, un anciano apareció ante él. Aquellos ojos lo miraron con tal intensidad, por un instante eterno, que debió cerrar los suyos, sintiendo cómo el aroma a nardos se difundía por su sangre a todo el cuerpo. Los abrió cuando el anciano ya estaba lejos y la lluvia lo mojaba. Lo llamó: "Señor, lo puedo llevar"; pero, o el anciano era sordo o la tempestad le impedía oír. Mariano bajó del auto y corrió en pos del viejo. Lo fue buscando, pero no había huellas de pisadas en el barro. Empapado, volvió al coche, ya no había olor a nardos y jazmínes.



Jaime Martínez Salguero

¿Loco?

¿Cómo voy a morir? Le pregunto como se averigua qué día es hoy o de qué color es tu ojo; pero su respuesta duele. Loco. Eres un loco. La palabra me desgarra el alma y me hace sangrar por dentro. ¿Alguna vez, tú has tenido el sabor de la sangre en la boca junto al miedo en tu barriga? Por eso yo también me angustio: porque en seguida viene el pinchazo de la jeringa que mete líquido en mi vena, y quita la conciencia.

¿Cómo voy a morir? Nadie me responde. Por eso, ahora me pregunto hacia adentro: ¿Moriré en mi cama después de larga enfermedad? ¿La enfermedad de la vida que no piensa en la muerte? Loco. Desde chico, loco. El profesor que no atina a responder mi pregunta, loco, los amigos, loco.

¿Moriré de un balazo en la guerra? ¿Acaso la batalla de los pulmones por absorber un poco más de aire para el cuerpo es la más importante? Calla, loco, el médico llamando al psiquiatra. ¿Moriré en un accidente mientras me llevan al hospital?

La sirena se abre paso en la locura del tránsito que se aleja, asustado, de la voz de la ambulancia. ¿Cómo moriré? Veo cómo un coche deshumanizado, con la razón desviada por la técnica, nos choca.

¡Ay! ¿Y ese resplandor...?



El Gran Paititi

En 1936, el novelista, poeta y literato José Eduardo Guerra Ballivián (La Paz, 1893-Santiago de Chile, 1943) publicó "Itinerario espiritual de Bolivia". Reproducimos un fragmento del capítulo "El Gran Paititi"



El panorama que se abre ahora ante nuestros ojos tiene una grandeza muy distinta. No son ya los yermos desolados ni las vertiginosas alturas. A la austereidad de la naturaleza y a la señera originalidad de las ciudades de la altiplanicie, han sucedido las feras llanuras y las selvas vírgenes. Tierras cuya fecundidad desconcierta y abruma, tal es su profusión de flores y de plantas monstruosas propias para ilustrar las más exasperadas concepciones de un arte decadente. Y sin embargo –afirman los viajeros–, la soledad de los bosques es más terrible que la de los áridos desiertos. Es la suya una soledad inquieta, preñada de amenazas. Es aquél un "infierno verde" en el que los demonios acechan de todas partes, asumiendo las más variadas formas.

En la selva es tanto más grande el desamparo cuanto más fantástica la belleza de la vegetación. La selva, como las arenas del desierto, tiene también sus espejismos; sólo que en la selva el más alucinante de los espejos es el auditivo. Los oídos del viajero, convertidos por la fiebre y la quinina, en cajas de resonancia, oyen constantemente, ya lejano, ya próximo, el rumor acompañado y amplio de las aguas de un río o el de una cascada que se precipita desde lo alto de una montaña inverosímil.

En su poema *Selva profunda*, Gregorio Reynolds consigue dar una visión, acaso un poco recargada y prolífica –como la selva misma– de ese mundo en que la naturaleza parece entregarse a una desenfrenada orgía de colores, de formas, de sonidos, de perfumes y hasta de sabores. Es la del bosque una sinfonía en contrapunto ante la que la capacidad de captación de los sentidos se embota o se exacerba.

Mediodía. Un sol tórrido / propicio a la pereza / a la quietud, / al abandono indefinido... / Selva de pesadilla, / trasminada de mórbidos perfumes / y emanaciones nause-

abundas, /con su opulencia fatigosa, / con su tremendo encanto voluptuoso, / los sentidos subyuga y los enerva / ...Se siente la nostalgia de los trinos, / y sólo hay aves silenciosas, / hieráticas. Se ansia / beber a grandes sorbos, y no hay agua que / fluya y se deslice. Es necesario / respirar aire fresco / y no hay brisa que avene la congoja, / musgo fofo y lianas en los árboles / frondosamente emmañados, / de invasora rai-gambre y destrenzadas, / luengas y grises cabelleras. / En torno, el predominio / de la flora silvestre / disforme, multiforme, / purulenta, / indescriptible casi / en la promiscuidad de sus especies / y en su feraz exaltación / polícroma... / Todo es desasosiego en el bosque: / en su temblor imperceptible, / de contagiosa somnolencia, / tiene peligros múltiples y arcanos. / ... Entre los matorrales / se oye gruñir, se oye silbar, y se sospecha / el brusco brinco incontenible, / el ágil salto del felino / y la embestida rápida del áspid... / Se frisan nuestros nervios / al evocar entre la fronda / las pupilas eléctricas / y al desperezo elástico / del jaguar y del puma...

Esta misma sensación de abandono y de temeroso desasosiego produce la lectura de ciertos capítulos de la novela *Páginas bárbaras* de Jaime Mendoza, apasionante relación de la vida y las costumbres de los siringueros en el mal llamado Territorio Nacional de Colonias, contiguo al departamento del Beni, que tuvo, hace de treinta a cuarenta años, su era de fantástica prosperidad. Mendoza, el infatigable huroneador en la intrincada maraña de los problemas nacionales, se sintió un día atraído por el grandioso al par que trágico misterio que envuelve aquel territorio comprendido en lo que se conoce con el nombre de "Oriente Boliviano". (...)

Sobre su cadera recia y prominente / caen tus cabellos con sensualidad, / semejan- do un río de rauda corriente / hecho de perfumes y de oscuridad. / La brisa que corre por los naranjares / y agita las hojas del cacaoal / al cantar sus leves trovas pasiona- les / juega con tus rizos de oscuro espiral. / Nadie hay que supere tu gracia divina / cuando vas tendida / sobre un carretón, / o

cuando contemplas / el sol que declina / desde el camarote / de una embarcación.

(...) No obstante es espacioso escenario que ofrece la naturaleza virgen de la América del Sur para la novela de aventuras, esta ha sido muy poco cultivada por los escritores hispanoamericanos. La mayor parte de las narraciones de esta índole pertenecen a reportistas europeos que han fantaseado a su antojo, sin cuidarse mucho de la verdad histórica y geográfica... De ahí que la novela de Diómedes de Pereyra *EL Valle del sol*, tenga, aparte de sus méritos intrínsecos, el de ser la primera que responda en todo a las exigencias del género. Su atractivo principal está en la sorprendente fidelidad de las pinturas que dejan una profunda impresión de realidad. Y digo sorprendente porque Pereyra no parece haber visitado las regiones que describe. Su poderosa fantasía auxiliada sin duda por una rica y minuciosa documentación y un temperamento prendado apasionadamente de la belleza salvaje de los trópicos, han contribuido a hacer de esa novela de la *Naturaleza*, una obra de indiscutible valor literario. Hojeando el libro al azar se tropieza con movida descripciones, como las de Matto Grosso, en el alto Paraguay, región que, antes del monstruoso tratado de 1867 celebrado entre el Brasil y Melparejo, perteneció a Bolivia. Escenas de un vivísimo interés se suceden unas a otras en este libro cuya trama novedosa está llevada con naturalidad y habilidad. La lucha entre la boa y el jaguar es una de ellas:

"... Un haz de luz en abanico acababa de infiltrarse por una brecha abierta arriba en el follaje, y al punto una rauda pincelada de sol titiló por un instante en la mole del monstruo. Vagamente los exploradores discernieron a aquella fugaz claridad algo que acrecentó su emoción, al mismo tiempo que vieron aparecer allá donde poco antes había estado la boa, un soberbio jaguar del porte de un león africano. Paso a paso, los ojos clavados en el reptil, azotándose ora desparcio, ora con precipitación los flancos con su encrespada cola, avanzaba a medida que la serpiente retrocedía".

"El jaguar se echó a tierra y, sin desviar los ojos de la ladrona que le había robado su

prole, bostezó quejumbrosamente y se puso a esperar". "Un ruido pesado y presuroso llegó desde afuera y, seguidamente, desembocaba en el claro un tapir. Sin vacilar se dirigió a la laguna; de golpe y sin reparo la serpiente se abatió sobre él. Por un instante el pesado paquidermo desapareció entre sus anillos, pero de súbito se sintió libre e, inconscientemente de la presencia misma de su otro enemigo, el jaguar, partió como relámpago...". "Era que el felino, aprovechándose del momento preciso en que el reptil había arrollado al intruso, se había arrojado sobre aquel cilindro estrangulador, y desgarrándolo cuanto pudo, retirándose con intento de repetir su hazaña".

"Un sopor repentino se apoderó en aquel instante del reptil y, a pesar de que su herida le incitaba a aceptar el duelo, se apresuró a buscar asilo. Valiéndose de la estratagema de hacer como que se disponía a presentar batalla, se arrastró de un solo desliz hasta el pie de un árbol, al que iba a izarse, cuando su tenaz contrincante se le arrojó nuevamente encima...". "Los esfuerzos del tigre se concentraron entonces a abatir la cabeza de la serpiente, pero no pudo. Sus garras traseras resbalaron, abriendo tremundos surcos en la escamosa piel del reptil. Un momento después, el valeroso animal apareció colgado en el aire, manteniéndose apenas con los dientes. Fue su fin. En un abrir y cerrar de ojos la boa lo precipitó entre sus anillos...". "Ruidos espantosos hicieron vibrar por un momento el aire y, luego, en medio de siseos de una disonancia inconcebible, se oyó el siniestro crujir de huesos y un ronquido cada vez más apagado y doliente".

Los dos protagonistas, un español y un boliviano, exploradores al servicio de una empresa poderosa, se proponen descubrir unos ricos yacimientos de oro del que se tienen vagas aunque fidedignas noticias. Después de largo y accidentado viaje, llegan al Valle del Sol, refugio de los descendientes de los Incas... La presencia de esa época, el genio de la selva, impregna las páginas del libro de un supersticioso sentimiento de terror.

Los senderos de la Justicia a través de José Santos Machicado

* Freddy Zárate

El género literario del cuento tiene grandes representantes en Bolivia. Cabe mencionar las distintas antologías realizadas por Ricardo Pastor, Armando Soriano Badani, Raquel Montenegro, Manuel Vargas, Emilio Finot, Raúl Botelho, Néstor Taboada, Carlos Castañon, entre otros. Estas antologías lograron –en algunos casos– redimir del olvido a muchos escritores. Al respecto el escritor Néstor Taboada Terán manifiesta: "El género literario más afortunado en Bolivia ha sido el cuento por su variedad y brevedad (...). En todas las épocas, los escritores bolivianos han captado con gran responsabilidad y fortuna los hechos trascendentales de la historia".

Una figura destacada de principios del siglo XX es el publicista José Santos Machicado (1844-1920). Oriundo de Sorata (Provincia Larecaja, La Paz). Estudio en los claustros del Seminario de La Paz, pensando dedicarse a la carrera eclesiástica. Culminó con el título de doctor en Teología y Sagrados Cánones (1868). Abandonó sus primeros propósitos y estudio leyes, graduándose como doctor en Derecho y Ciencias Políticas (1879). Ejerció el profesorado de latín, filosofía, historia y literatura (1866-1893). Se desempeñó como Rector del Colegio Nacional Ayacucho. En el campo político José Santos Machicado fue militante del Partido Constitucionalista. Asistió como Diputado por el distrito de Larecaja en la Convención Nacional (1880-1881).

Fue participante en el parlamento (1894-1897). Representó a La Paz en la legislatura de 1898. Presidió la presidencia de Cámara de Diputados (1896-1898). Tras la Guerra Federal (1889-1899) y ascenso al poder del Partido Liberal se alejó de la esfera pública. Fue director, redactor, editor y colaborador de los periódicos *La Estrella*, *El Progreso*, *El Independiente*, *La Unión*, *El Titicaca*, *La Verdad*, *La Crisálida* y *La Defensa* (director). Al final de su vida la Iglesia Católica le otorgó el grado de Caballero de la Orden de San Gregorio Magno en reconocimiento a su servicio personal a la Santa Sede.

Entre los escritos de José Santos Machicado se puede mencionar *Cuentos bolivianos* (1908), *La instrucción católica* (1911) y *Nuevos cuentos bolivianos* (1920). Esta última puede ser considerada como la continuación de su primer libro. La colección de relatos en su mayor parte es una defensa de ideales religiosos: "Estos cuentos históricos en su mayor parte ha sido dispuesta con fines de propaganda moral y católica, especialmente en el género literario llamado novelesco del que tanto se abusa hoy día para socavar los cimientos sociales y corromper las costumbres de los pueblos", manifiesta José Santos Machicado.



José Santos Machicado

Uno de los mejores relatos de Machicado se titula *Justicia de los hombres y justicia de Dios* (parte de *Cuentos bolivianos*). El personaje Pascual Viñas es descrito como un hombre de cuarenta años, casado, padre de familia, íntegro de conducta y de profesión joyero. Cumple sus cometidos con exactitud y pone cuidado especial en cada trabajo. Fue educado por padres cristianos que le enseñaron con la palabra y el ejemplo. Sin embargo adolece del vicio de las copas como pasatiempo. Esta conducta recurrente de Pascual fue advertida por su madre como un mal presagio: "No quisiera anunciar nada malo, pero temo que tu afición a las fiestas y diversiones te ha de traer algún disgusto grave o quizás una desgracia". Una de esas noches cuando Viñas regresaba a su morada después de copas y alegrías –pasada la media noche– ve en una esquina a un conocido suyo apoyado en la

puerta de su domicilio. Se acerca y pregunta: ¿qué le sucede? Inesperadamente se desploma en brazos de Viñas. Salen los vecinos y se empieza a oír las primeras acusaciones. Llega la policía y empieza el careo. La declaración de Pascual Viñas no da luz alguna sobre quién o quiénes fuesen los criminales. En primera instancia se descartó la idea del robo en el asesinato. El cadáver conservaba sus objetos de pertenencia. La conclusión de las pesquisas por parte de la policía fueron fluctuantes: "Los delincuentes se esmeraron en rodearse de precauciones acertadas y minuciosas, cerrando por consiguiente todas las sendas de investigación judicial". No existía prueba ni presunción siquiera de culpabilidad contra nadie, y sin embargo el delito era real, evidente e innegable.

Hasta que todo se "aclare", el único sospechoso era Pascual Viñas. Se trató de sen-

tenciarle pero no había elementos suficientes para declararlo culpable. Transcurrieron dos años del hecho y todavía continuaban las investigaciones y por supuesto la situación legal de Viñas era incierta, pero estaba a buen resguardo en el panóptico de La Paz. En el epílogo del relato el escritor José Santos Machicado le da un toque de justicia divina: "El remordimiento, la culpa, hace que salga a la luz la confesión del asesinato". Fue un crimen pasional que fue fríamente pensado por la ex pareja del difunto. Doña Parmenia en complicidad con su hermano Rodrigo fueron los artífices del macabro homicidio. El rápido deterioro de la salud de Doña Parmenia hace que salga a luz el espantoso secreto a las autoridades judiciales. En el desenlace del cuento uno de los personajes sentencia: "La Justicia de Dios ha caído lenta, segura e inflexible sobre los culpables; la justicia de los hombres no ha hecho más que vejar y oprimir a los inocentes".

El relato que presentó José Santos Machicado tiene cierta validez en la actualidad por el contenido recurrente de ciertos dichos y hechos del ámbito jurídico. La apreciación de Machicado de que la justicia (divina o humana) tarda pero llega es consuelo de tontos. Hoy tenemos serios problemas con el Poder Judicial (ahora Órgano Judicial). Los procesos de modernización en el campo legal no solucionaron los recurrentes problemas de retardación de justicia, favoritismo, parcialidad y arbitrariedad. La historia jurídica nos revela que la "solución" no reside en tener más leyes o "nuevos" códigos, sino la realidad jurídica es mucho más compleja que estos retazos de papel.

El Estado boliviano no logró generar una dominación legal-racional (Max Weber). En otras palabras, en Bolivia no hay Estado de Derecho. La sociedad y las instituciones estatales no se rigen en su totalidad por la ley, sino con preferencia recurren a los códigos informales (costumbres, usos sociales). Hasta el día de hoy, dos sentencias de la época colonial no perdieron vigencia en la mentalidad y sobre todo en su praxis cotidiana: "La Ley se acata pero no se cumple", y concerniente al procedimiento jurídico: "Para el amigo todo, para el enemigo (y desconocido) la Ley".

Freddy Zárate. La Paz.
Escritor y Abogado.

Homero Carvalho

Homero Carvalho Oliva. Beni, 1957. Escritor y poeta, con premios de cuento a nivel nacional e internacional. Dos veces Premio Nacional de Novela con *Memoria de los espejos* y *La maquinaria de los secretos*. Su obra literaria ha sido traducida a varios idiomas. Figura en más de treinta antologías nacionales e internacionales de cuento. Ha publicado los poemarios: *Los Reinos Dorados*, *El cazador de sueños*, *Quipus*, *Inventario Nocturno*, *Antología de Poesía Amazónica de Bolivia* y *Antología Bolivia. Tu voz habla en el viento y*, *Antología de poesía del siglo XX en Bolivia* (publicada por editorial Visor de España). Los poemas que aparecen a continuación forman parte de *La luna entre las sábanas*.



La Creación

Dios dijo apáguese la luz
tu ropa cayó al piso
y el mundo se iluminó.

Revelación

Te vi jugando desnuda
en el río de mi vigilia
y sentí celos porque
el río se bañaba en ti,
el agua centelleaba
sobre tu piel tostada;
entraba impetuosa
y se deslizaba satisfecha
por tu cuerpo revelado;
deseo, sueño, tiempo.
En ese instante
dije piel y dije mucho.

Travieso

Hay un niño escandaloso
que despierta dentro de mí
cada vez que juego con tus pezones
y los convierto en golosinas.

Mitades

Desnuda sobre la cama,
con la ventana abierta al mundo
y las cortinas
aleteando en la leve oscuridad,
la luz de la Luna
divide tu cuerpo en dos:
uno está al lado mío
y el otro siempre está en mi memoria.

Sinónimos

Los diccionarios
de sinónimos
dicen que penetrar
también es intuir,
atinar, enterarse,
descifrar, conocer
interpretar, adivinar,
comprender, sentir,
percibir, entender
afectar y alcanzar.
Esa primera vez
por fin entendí
lo que significaba
un sinónimo.

Poemas de amor

Derrotadas las dictaduras
los poemas de amor
se volvieron peligrosos
porque son los únicos
en los que nos jugamos la vida.
¡La aurora siempre trae promesas!

Interioridad

Cuando estoy dentro tuyo
siento como creces en mi alma.

360°

El mundo. Las nubes. La ciudad. La calle. La plaza. Una pareja. Besos. Abrazos. La acera. Nuestra casa. El portón. El jardín. Las flores. Los perros. La puerta. La sala. La cocina. La heladera. El refresco. El pasillo. El dormitorio. Las cortinas. El televisor. El cuadro. La Virgen. Los veladores. Los libros. La cama. Las sábanas. La ciruela. Tú. Desnuda. El poema. El mundo.

Tu recuerdo

El ámbar de los ríos,
las montañas ondulantes,
el celaje del atardecer,
la ciudad iluminada,
los mangos frutecidos del jardín,
el rocío de los amaneceres,
los claveles florecidos,
mis manos palpando en la oscurana,
el recuerdo de los hijos que vinieron,
los libros de poesía que leí,
el cojín de gobelino,
los lugares que visité,
las comunidades que caminé,
los cielos que sobrevolé,
me recuerdan a ti,
navegando sin nave sobre ti,
dentro de ti, alrededor de ti,
sobre ti
voy
estoy
y contigo
permaneceré.

Poema vertical

Anoche
el delta
de tu cuerpo
fue un poema
escrito sobre mis labios.

Desvelamiento

La sábana blanca
se desliza por tu cuerpo
mientras cae la noche
descubriendo sus misterios.

Periodismo y literatura: La palabra se hizo carne

Ponencia presentada por Lupe Cajías en el Foro "Periodismo y literatura" organizado por el Centro Pedagógico Simón Patiño en julio pasado

Cuarta de cinco partes

WÁLTER MONTEMNEGRO SORIA (1912-1991) fue escritor, periodista y diplomático. Trabajó en "El Comercio" de Cochabamba y "La Patria" de Oruro. Al estallar la Guerra del Chaco, asistió al frente de batalla como reportero estatal; allí permaneció por tres años, donde conoció a los futuros presidentes David Toro y Enrique Peñaranda. Fue Secretario Privado del Presidente David Toro (1936-1937), luego lo sería del Presidente Enrique Peñaranda (1940-1941). En 1946 fue nombrado director del diario "La Noche" de La Paz. En 1947 pasó a ser redactor de "La Razón" donde mantuvo la columna "Mirador" que firmaba como "Buenavista". Abogado, fue también destacado diplomático y ministro de cultura (1969).

En 1981 recibió en Premio Nacional de

Biblioteca de la Universidad de San Andrés (1958-1970). Miembro de las Academias Bolivianas de la Lengua (1955) y de Historia, Premio Nacional de Cultura (1973).

Recibió el reconocimiento oficial por su obra literaria, pero fue perseguido y apresado como periodista, sobre todo como autor de críticos editoriales sobre los gobiernos posteriores a la Guerra del Chaco.

"El estudiante enfermo" (1939) narra la educación sexual en las escuelas y universidades bolivianas tras el fin de esa contienda y es una de las pocas novelas bolivianas con más de 10 ediciones y múltiples debates. El personaje es un típico muchacho que fue marcado por el conflicto bélico y, a la vez, por una época de profundos cambios sociales.

Otra novela es "Tupac Katari, la sierpe" (1964), también ejemplo del triángulo literatura, historia, periodismo. "Historia del Rey chiquito" (1962) trata igualmente sobre la

Fue famosa su columna "Panorama Móvil", que firmaba como "Sagitario", que según cuentan sus contemporáneos era comentada en todos los cafetines vespertinos. Era una época en que, a diferencia de la actualidad, ser columnista era una exigencia y sólo los mejores llegaban a esa meta. La publicaba en "Última Hora", medio del que llegó a ser director (1957). También estuvo ligado a "El Pueblo" y a "El Diario". En cada uno de esos espacios fue reconocido por su calidad humana y su ética.

La novela "Hombres sin tierra" (1956) trata el tema de la Reforma Agraria, debate muy propio de los años cincuenta, preocupación que se repite en "Chuño Palma" y "Canchamina". Lastimosamente no conocemos una obra completa de sus columnas como "Sagitario" y sus novelas o el cuento "La vieja voz del miedo" son poco difundidas entre las nuevas generaciones.

la vida bohemia, y sus escritos. Fue esposa del poeta Antonio Ávila y parte del trío inseparable de éste, ella y el otro poeta Jaime Sáenz.

Aunque sus osadías literarias levantaban comentarios en su entorno, fue la dureza de sus críticas periodísticas a los gobernantes que llevaron a la derrota en el Chaco el motivo de su exilio disimulado desde Oruro a La Paz. En la sede de gobierno no volvió a escribir, o por lo menos a publicar.

MARÍA VIRGINIA ESTENSSORO ROMECÍN (1903- 1970) es casi contemporánea a Laura y como ella poetisa, cuentista, periodista con obras tempranas y luego un largo silencio. Casada con el noble europeo Juan Antonio de Vallenfels, viajó por casi todo el mundo. Radicó en París (1929-1932). De retorno en Bolivia, se desempeñó como profesora de francés y periodista, relacionán-



Laura Villanueva



Maria Virginia Estenssoro



Mario Guzmán



Porfirio Díaz



Walter Montenegro

Periodismo por parte de la Fundación Manuel Vicente Balliván y fue socio activo de la Asociación de Periodistas. Al arte de escribir, Montenegro unió otras actividades culturales como la música tanto clásica como indígena. Igual que en los otros casos nombrados, los críticos destacan su prosa sin frases ampulosas y su estilo ágil.

Entre sus obras están "Los últimos" (1941), con argumentos ficticios pero con base en la realidad social de la época. Es la más famosa "El Pepino" que describe ese personaje típico paceño.

Obras: cuentos: "Once cuentos" (1929); "Los últimos" (1941); "El pepino / El gallo cochinchino" (coautor con Man Césped, 1996); ensayos: "Estadio malayo" (1943); "Introducción a las doctrinas económicas" (1956); "Oportunidades perdidas", "Bolivia y el mar" (1987); crónicas: "Mirador" (1948).

PORFIRIO DÍAZ MACHICAO (1909-1981) fue otro escritor, periodista, biógrafo e historiador que abarcó todo el siglo pasado. Sus datos biográficos son coincidentes. Asistió a la Guerra del Chaco (1932-1935). Fue fundador y director de "El País" (1937-1953) de Cochabamba, redactor y colaborador de varios medios de La Paz. Dirigió la

rebelión indígena de 1781.

Quiero llamar la atención sobre la obra "Vocero" (1942) que no he leído pero que gracias a Elías Blanco de la Agencia Gesta Bárbara sé de su existencia y que ella trata de la vida de un periodista y su lucha contra la corrupción y la persecución que sufre por miembros de la oligarquía gobernante. Quizá sea una autobiografía porque en esa época, como nos relató personalmente su viuda, Díaz Machicado vivió a salto de mata por la resolución a su periódico en Cochabamba.

Elías Blanco recopila su vasta obra como: "Los invencibles en la Guerra del Chaco" (1936); "Cruz de aldea" (1967); "María del valle y sus cruces" (1966); "Cuentos de dos climas" (1936); "Prosa y verso en Bolivia" (4 v., 1966-1968); "Antología de la oratoria boliviana" (1968); "Antología del teatro boliviano" (1969); "Salamanca" (1938); "Melgarejo" (1944); "Nataniel Aguirre" (1945); "La bestia emocional" (autobiografía, 1945); "El ateneo de los muertos" (1956); "Historia de Bolivia" (5 v., 1955-1958).

MARIO GUZMÁN ASPIAZU (1925-1972) novelista, cuentista y periodista, destacado columnista es probablemente la figura que más une a la generación del Chaco con la generación post 52.

LAURA VILLANUEVA ROCABADO (Hilda Mundy) (1912- 1982) es la escritora y periodista más destacada del Siglo XX. Fundó el suplemento "Dun Dun", de corte humorístico y de "Retaguardia", irónico nombre en la época de la Guerra del Chaco. Fue columnista de "La Patria" y de "La Mañana", ambos de Oruro y durante años fue más famosa como periodista que ridiculizaba al poder y como hija de una notable familia de artistas.

Recién en los años ochenta, gracias al empeño de su hija, la poeta (y también periodista) Silvia Mercedes Ávila se redactaron textos de Hilda Mundy, su seudónimo. La crítica y catedrática en la Carrera de Literatura Blanca Wiethüchter se ocupó de colocarla como literata de vanguardia y en destacado lugar de la narrativa femenina.

Su natural rebeldía se expresó en "Pirotecnia". (Ensayo miedoso de la Literatura Ultrafista, temas varios de la mujer) (1936); "Cosas de Fondo" es un conjunto de crónicas, igual que "Impresiones de la Guerra del Chaco y otros escritos" (1989).

Su natal Oruro la recordó en su centenario como una mujer adelantada a su tiempo tanto en su pensamiento, su participación en

dose con medios como "La Nación", "El Diario" y "La Razón". Fue profesora en el Conservatorio Nacional de Música (1943-1957) y Directora de la Biblioteca del Congreso (1950-1957).

En los agitados años 40, los críticos la consideraban la única mujer que escribía en los periódicos sobre temas no femeninos y con especial inteligencia y cultura. También publicó poesía como "Ego Inútil" (1971), pero fue su obra "El Occiso" (1937) la que la hizo famosa y despertó la curiosidad sobre su vida y sus misteriosos inspiradores.

Otros cuentos son "Memorias de Villa Rosa" (1976); "Cuentos y otras páginas" (1988), la biografía "Criptograma del escándalo y la rosa" (s/ Lygia Freitas Valle, 1996). Su hijo se ocupó de difundir su obra, poco conocida por los periodistas actuales.

Continuará

BARAJA DE TINTA

La Reforma Educativa

De Francisco Xavier de Lerchundi, preceptor, al presidente del Concejo de La Plata

La Plata, 19 de julio de 1787

Don José Eustachio Ponce de León y
Cerdeña

Presidente del Concejo:

El preceptor de primeras letras. En vista de la representación del defensor general de huérfanos, y de la que igualmente acompaña el M.G.C., dice. Que al mismo propósito tres veces ha pedido auxilio a fin de extirpar los abusos y corrupción que tocó con su ingreso al ejercicio, ahora principal objeto del piadoso celo de vuestra señoría.

Es constante, señor, que están ocupados en la enseñanza unos hombres sin instrucción, sin cualidades ni conducta unos hombres que abatidos por su ociosidad o destinos del mecanismo, no podían subsistir. Estos, señor Presidente, acogidos al sagrado de enseñar, han corrompido, y corrompen las plantas más tiernas de la viña de Jesucristo. Estos, señor, estos cuya ignorancia sube de barbarismos y solecismos en lo material de las oraciones de N.S.M.G., sino también, condiciones o negociaciones sustanciales, la dominical, el símbolo de la fe nuestra, como acredita la continuación, o progresos de la presente materia. Estos, finalmente señor, son los que a mi instrucción, permítame Vuesstra Señoría las expresiones a mi caridad, y celo, roban porción de tiempo con el necesario de mi atención en corregir, y reformar tantos destinos de que vienen embotados los niños, que pasan de su enseñanza a la mía.

Pero cómo podrán señor presidente, enseñar unos hombres de bajas extracciones, que no fueron enseñados, y no tienen el menor conocimiento de nuestros sagrados Ministerios. A la verdad señor, que estas razones resaltan demasiado, para detenerme más en ocupar la atención de vuestra señoría con los testimonios de que no saben las sílabas ga, ge, gi, go, gu.

Y si esto es cierto, como he experimentado y remito al examen, ¿cómo podrán enseñar a escribir, como la ortografía si no saben hablar castellano. Dejo señor aparte la grande ciencia de la aritmética, porque esta aunque tan necesaria para el comercio, y tratos de las gentes, es forastera generalmente en esta ciudad, a excepción de los

que por mí enseñanza han logrado según su total extensión.

Este es señor presidente, el estado triste, de mi oficio que mira así a Dios y al público, este cuyas causas deben mantenerse alimentando y nutriendo a los niños con la leche pura de la doctrina cristiana, con el Pan sin corrupción del buen ejemplo, y este señor en fin, el que pide de todos los triaca o preservando con el conocimiento de la moral cristiana, cuyos males he tocado muy de paso, dejando los demás a la sabia penetración de vuestra señoría, a quien según la mía, oscura para alumbrar en el asunto presente, como puedo exponer los puntos siguientes, que me parecen conformes a la reforma.

- 1º Que como dieta la caridad es indispensable la separación de los sexos en las escuelas, a fin de evitar los inconvenientes, que saltan a los ojos de la dormida inocencia.
- 2º Que para efectuar esta intención, pide el público una matrona de probidad, y demás cualidades que requiere destino tan recomendado.
- 3º Que la nombrada, precisamente, sea dotada con la asignación correspondiente a fin de que las niñas pobres logren la enseñanza, que no podrían si les grabase con la pensión, o contribución llamada pitanza.
- 4º Que armas de esta, que será pública y con título en forma, se nombren algunas, hasta el número que dicta la prudencia, con atención a la copia de las niñas que conceptualizan la prudente regulación, pero examinadas conforme a derecho, y destinadas al ejercicio en los barrios más cómodos para excusar las molestias e incomodidades que acarrean las distancias.
- 5º Que siendo este sexo naturalmente vergonzoso para ponerlo en examen público, sea oportuno nombre vuestra señoría quien privadamente lo proceda con la caridad y prudencia que pide la materia.
- 6º Que no siendo ajeno de mi resorte esta diligencia, y viendo del superior agrado de vuestra señoría, tomare el trabajo de esta pensión, y procederé arreglado solicitando en los barrios que mejor faciliten las incomodidades.
- 7º Que para practicar la presente reforma con las formalidades necesarias, conviene ante todas cosas, se les notifique a los maestros, suspendan la enseñanza, mientras sean habilitados bajo las disposiciones de derecho, sin que obstre para ello cualquier título, pues precisamente, y sin excusa deben ser examinados, y permitidos en la ocupación los menos malos, o los más dignos por necesidad, con los correspondientes títulos.
- 8º Que el número de maestros, sea proporcionado a la copia de niños de la república, que en mi concepto tiene hasta quinientos poco más o menos, pues solos los nuestros se acercan regularmente a doscientos.
- 9º Que los nombrados para la enseñanza, se deberán reducir el número determinado, y estos destinarlos a los barrios que faciliten las molestias e incomodidades.
- 10º Que cuando bacese alguno, o por muerte, o por renuncia, que deberá hacer en forma, se reemplace con otro en su lugar.
- 11º Que la contribución o pitanza, que deberán llevar por su trabajo se establezca con moderación, y atención a la clase, y estado de los niños, las facultades de sus padres y en lo general a la pobreza del país.
- 12º Que para la mejor estabilidad, se formen reglas, que necesariamente deberán observarse por las actitudes del ejercicio.
- 13º Que haya un diputado celador, que visite las escuelas, y conozca los frutos y adelantamientos de ambas causas.
- 14º Que así mismo, Vuesstra Señoría nombre un sujeto que al defensor general, y a mí nos autorice en la actuación de exámenes de los que presentándose en forma, quieran ocuparse en la enseñanza.

Sobre todo, la acreditada justificación de Vuesstra Señoría, tomará los medios que le dictase la prudencia, y caridad, por ser de justicia, en honor de Dios y utilidad de la cosa pública.

*Francisco Xavier de Lerchundi,
Preceptor de primeras letras.*

